

DOCUMENTO DE TRABAJO N° 17

PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Panelistas: Pedro Güell; Jose Miguel Izquierdo; Aldo Panfichi; Genaro
Arriagada y Carolina Tohá.
Gonzalo Delamaza (Moderador)
Margarita Fernández (edición)

Santiago de Chile, Octubre de 2007

PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Panelistas: Pedro Güell; Jose Miguel Izquierdo; Aldo Panfichi; Genaro Arriagada y Carolina Tohá.

Gonzalo Delamaza (Moderador)

Margarita Fernández (edición)

Santiago de Chile, Octubre 2007

Diagramación e impresión:

LOM ediciones Ltda.

Concha y Toro N° 25, Santiago

Teléfono: 672 22 36

INDICE

PRESENTACIÓN	3
I. INTRODUCCIÓN	
Gonzalo Delamaza	5
II. DESAFÍOS DE LA RELACIÓN ESTADO-PARTIDOS POLÍTICOS-SOCIEDAD CIVIL: CAMBIO CULTURAL, REPRESENTACIÓN, PODER Y DESARROLLO.	7
2.1 Pedro Güell : <i>El difícil cambio del autoritarismo y la tecnocracia en el desarrollo de una sociedad mas “chascona”</i>	<i>7</i>
2.2. José Miguel Izquierdo: <i>La demanda de representación y las resistencias políticas a ceder poder: ¿quien representa a quien?</i>	<i>10</i>
2.3 Aldo Panfichi: <i>La renovación del debate sobre el déficit democrático en América latina: una nueva responsabilidad política y ciudadana</i>	<i>12</i>
2.4 Genaro Arriagada: <i>Sociedad Política - Sociedad civil: valores democráticos en ambos lados de la ecuación.</i>	<i>15</i>
2.5 Carolina Tohá: <i>Poder y desigualdad: la responsabilidad política de generar voz pública de los no escuchados</i>	<i>18</i>
III. PODER, CONFLICTO Y DIÁLOGO: ¿UN NUEVO CONCEPTO DE DEMOCRACIA? PREGUNTAS Y APORTES AL PANEL	21
III. CAMBIO DE UN PARADIGMA ELITARIO HISTÓRICO: DESAFÍO PARA LA TRIADA ESTADO – PARTIDOS POLÍTICOS - SOCIEDAD CIVIL	25
4.1 Pedro Güell: <i>Desajustes y transformaciones necesarias en una sociedad más compleja</i>	<i>25</i>
4.2 José Miguel Izquierdo: <i>¿Que instituciones para la democracia?</i>	<i>26</i>
4.3 Aldo Panfichi: <i>Convergencias virtuosas para la democratización</i>	<i>26</i>
4.4 Genaro Arriagada: <i>Estado activo para fortalecer la sociedad civil</i>	<i>27</i>
4.5 Carolina Tohá: <i>El desafío de un cambio de paradigma en los vértices de la triada</i>	<i>28</i>

PRESENTACIÓN

En los últimos años el debate sobre el desarrollo de la ciudadanía se ha intensificado. Esta que había sido comprendida tradicionalmente como la garantía de derechos civiles universales, políticos y sociales, asociados a las libertades básicas y al bienestar de las personas, se ha ampliado hacia dos importantes campos: el relacionado con el reconocimiento de la diversidad cultural e identitaria y el de derechos diferenciados para grupos específicos de la sociedad y también hacia el derecho de participación de los ciudadanos en las decisiones que afectan sus vidas. La ciudadanía en este conjunto de dimensiones, es vista como un factor de fortalecimiento de las democracias, de la equidad y del equilibrio de las sociedades.

En sociedades con democracias deficitarias, como las que se observan en Latinoamérica y en Chile, las visiones culturales, los proyectos políticos y las relaciones de poder son factores críticos para su fortalecimiento y profundización. Igualmente lo son las posibilidades que se ofrecen para que los ciudadanos comunes y corrientes puedan fortalecer su presencia y expresar sus aspiraciones, intereses y necesidades en los procesos de toma de decisiones sobre el rumbo de la sociedad en que habitan.

La importancia de debatir la relación entre proyectos políticos y participación ciudadana impulsó el desarrollo del Foro Panel **“Participación Ciudadana y Política Democrática”** en el marco del V Encuentro de Innovación y Ciudadanía, efectuado en Agosto del 2006¹. Este convocó a personalidades del mundo político y académico a compartir con un conjunto de innovadores locales, sus análisis y reflexiones sobre los desafíos de la política para fomentar la participación ciudadana y contribuir a superar los déficit democráticos de la sociedad Chilena.

El Foro contó con la participación de:

Pedro Güell, responsable de los Informes de Desarrollo Humano en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en los últimos años, labor en la que ha contribuido sustantivamente a la comprensión de nuestra sociedad y, docente de la Universidad Alberto Hurtado. Su intervención destaca las transformaciones que han ocurrido y están ocurriendo en Chile y que interpelan las formas elitarias de gestión política que han predominado en la sociedad chilena. Sus hipótesis indican que los numerosos cambios culturales de una sociedad más “chascona” junto a la mayor complejidad de las tareas del desarrollo, obligarían a fortalecer el “modo democrático de hacer las cosas”. Señala las diversas consecuencias y el tipo de desafíos que ello implica para la triada Estado- Sociedad Civil- Partidos Políticos y para sus modos de relación, entre ellos, el que la participación ciudadana se transforma casi en un requisito para una gestión pública capaz de potenciar el desarrollo.

José Miguel Izquierdo, Cientista Político que se desempeña como investigador y docente en la Universidad Diego Portales en torno a los temas políticos, y que ha abordado particularmente los desafíos del sistema electoral Chileno para una sociedad más democrática. En su intervención reflexiona sobre la debilidad de la participación ciudadana vista desde la perspectiva de la representación de intereses diversos en la sociedad chilena. Al rededor de ello se pregunta sobre los roles del Estado en los procesos de fortalecimiento de la sociedad civil, la debilidad actual de los partidos para representar los intereses sociales, cómo se reemplaza ese rol y quiénes lo están jugando hoy en nuestra sociedad; así como sobre el tipo de mecanismos institucionales que permitan acoger reales procesos de participación.

¹ El V Encuentro de Innovación y Ciudadanía tuvo el objetivo de visibilizar, difundir y extraer lecciones de 20 experiencias innovadoras destacadas con el Premio Innovación y Ciudadanía 2006 y se desarrolló en la Universidad de Los Lagos.

Aldo Panfichi, Sociólogo y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, quien ha contribuido desde diversas investigaciones a la discusión sobre sociedad civil y gobernabilidad democrática en América Latina y el Perú. Su intervención contribuye a sacar a la luz las similitudes de conceptos, meta-discursos y visiones sobre democracia y ciudadanía en Latinoamérica, lo que considera una tarea necesaria para hacer avanzar el debate. Nos alerta también, a propósito de la evolución del tratamiento de la participación en el proceso peruano, sobre la inversión en las bases de convergencia necesaria entre actores de la tríada Estado-Partidos Políticos - Sociedad Civil, para hacer avanzar la democracia.

Genaro Arriagada, Cientista Político, diplomático, ex Ministro de Estado y director de medios de comunicación de gran calidad, que cuenta con una vasta experiencia de participación en la gestión política, en su análisis y proyección. Su intervención profundiza en la relación entre democracia, partidos políticos y participación ciudadana. Releva como condición necesaria para una sociedad efectivamente democrática, un orden institucional valorado y respetado por todos. Ello requiere una relación virtuosa entre una sociedad civil, partidos políticos y un Estado más fuertes de lo que son y una interacción entre ellos basada en reglas que promueven el bien común. Polemiza con la preponderancia y el valor que se otorga más exclusivamente al desarrollo de la sociedad civil como factor de democratización, sin la preocupación por la necesaria fortaleza de los partidos políticos y el Estado, así como alerta sobre el arraigo de la cultura autoritaria en la sociedad en general y las condiciones que fortalecen el autoritarismo en la propia sociedad civil.

Carolina Tohá, Diputada por el Partido por la Democracia (PPD) quien ha promovido permanentemente el abordaje de los temas de participación ciudadana y democracia en el Parlamento. Concordando con el fortalecimiento de la triada Sociedad Civil -Estado- Partidos Políticos, su intervención analiza críticamente al mundo político respecto de su responsabilidad de promover un mayor equilibrio en las relaciones de poder establecidas en el país. En esa relación se requiere comprender la necesidad de fortalecer la voz pública de los ciudadanos que no detentan poder o no participan de grupos corporativos que si lo detentan. Manifiesta que sin esta condición, indispensable para alcanzar una verdadera democracia, no es posible llevar adelante con éxito las tareas del desarrollo.

El sustantivo aporte al debate político producido en el Foro sobre los desafíos de democracia y participación que enfrenta la sociedad chilena para una mayor equidad y desarrollo, ha motivado su edición como un Documento de Trabajo, el cual es introducido por Gonzalo Delamaza, Director del Programa Ciudadanía y Gestión Pública, quien organizó y moderó el debate. Sus contenidos se estructuran en tres partes: la primera recoge las exposiciones iniciales de los expositores; luego los valiosos comentarios y preguntas del público asistente, y luego, los comentarios finales de los expositores, que dejan abiertas nuevas interrogantes.

Queremos agradecer a los panelistas por su disposición a participar y por la calidad y rigurosidad de sus aportes, al igual que a los participantes que activamente contribuyeron a un interesante diálogo sobre ciudadanía, democracia y política en el país.

Margarita Fernández
(Editora)
Subdirectora
Programa Ciudadanía y Gestión Pública

I. INTRODUCCIÓN

Gonzalo Delamaza

En nuestro país durante el último tiempo se ha planteado con cierta fuerza un debate sobre la conveniencia o no de ampliar la participación ciudadana y de introducir reformas en el sistema político. A diferencia de lo que ocurría unos años atrás, donde estar a favor de la participación era políticamente correcto pero sin consecuencias prácticas, estamos hoy en una situación donde la participación se ha vuelto de verdad un asunto contencioso, que abre espacios de discusión. Algunas voces señalan que el asunto de la participación ya ha sido suficientemente desarrollado y que lo que se requiere es que el sistema político sea perfeccionado, sin introducir nuevos mecanismos de participación ciudadana. Otros ponen el acento en los riesgos que este tendría para un sistema político que enfrenta los problemas de legitimidad y debilidad. Otras voces son más claras en la necesidad de profundizar la democracia profundizando también en los procesos de participación de la ciudadanía.

Me parece un debate muy productivo. No tengo ninguna preocupación de que sea contencioso porque creo que la discusión se produce precisamente porque hay algo en juego. Lo que hoy se expresa es la posibilidad más real de que la participación de los ciudadanos cuente con mecanismos concretos que fortalezcan los procesos que ocurren desde “abajo” en la sociedad.

El Premio Innovación y Ciudadanía ayuda a identificar precisamente esas dinámicas y a aprender de ellas, a partir de personas y organizaciones públicas y de la sociedad civil, que están ejercitando la participación ciudadana, y que están -en algunos casos- inventando caminos nuevos para poder ejercerla. Es el caso, por ejemplo, del Presupuesto Participativo del Servicio de Salud de Talcahuano, que ha adoptado la idea del presupuesto participativo, implementándolo desde un Servicio de Salud, lo cual es una experiencia inédita al menos en nuestro país.

También ello ocurre en el ámbito del desarrollo económico local, incluyendo experiencias de gestión de política regional de pesca artesanal, compartida entre los servicios públicos y las federaciones de pescadores. Ella muestra cómo actuar desde la gestión pública en un marco de conflictos sociales y económicos, promoviendo el ejercicio de la ciudadanía. Este tipo de innovaciones que se observan en múltiples iniciativas de todo orden genera un marco para abordar el debate que hoy convoca al mundo académico y político. Buscamos que este diálogo recoja diversas visiones sobre el problema de la participación y de las políticas públicas, desde su concepción hasta sus proyecciones en nuestro país en el momento actual.

Es necesario profundizar esta conversación y vincularla con los procesos políticos. Los y las panelistas que animaron el Foro sobre Participación Ciudadana y Política Democrática son personas especialmente calificadas tanto en el ámbito académico como en el ámbito político, que expresan diversas posiciones.

En cierto modo la dinámica social en pro de la participación está instalada y crece en nuestra sociedad, sin embargo no es claro como ella se puede traducir en diseños y prácticas institucionales consistentes. El diseño institucional que nos rige está lleno de limitaciones para contener y canalizar mayor cantidad y diversidad de actores. Sin embargo no todo es cuestión de diseños institucionales, como bien lo muestra el caso de Perú, un contexto bien distinto, donde se produjo una cierta institucionalización de la participación, pero no como un mecanismo de profundización democrática, sino

como una estrategia del régimen de Fujimori como un intento de prescindir de los partidos políticos, lo que sin duda debilitaba la democracia.

En el caso chileno se carece de diseños apropiados y en la práctica la política se ha ido alejando de la participación ciudadana, de la cual antes estaba más cerca. Ello no quiere decir, sin embargo que ésta no exista, pero son iniciativas dispersas y poco visibles. Las iniciativas innovadoras de participación, tanto provenientes del sector público como de la sociedad civil y de alianzas muestran un requerimiento de fortalecimiento de los procesos de participación en nuestra sociedad, los que se expresan, pero en un nivel local, muy acotado. Mi impresión es que estas dinámicas carecen de los canales institucionales para poder hacerse parte de un debate mayor.

Se puede ejemplificar con el caso de la educación. Si uno se pregunta ¿qué mecanismos institucionales existen para canalizar esa necesidad de participación a nivel de los municipios que la administran, a nivel del Ministerio de Educación que la regula o a nivel de los establecimientos que ejecutan los servicios? Nos damos cuenta que en realidad son mínimos. Sólo muy recientemente se estructuraron los Consejos Escolares, que podríamos decir “era lo que siempre debió haber existido”, pero el Consejo Escolar opera sólo a nivel del establecimiento. Hubo que llegar a una movilización, masiva, distinta, complicada, etc., para generar al menos la conversación social respecto, de que aquello que la sociedad y el conjunto de los actores considera casi la primera prioridad del país por muchas razones. Es un buen ejemplo de la magnitud del debate que estamos realizando. Un intercambio sobre los requerimientos globales versus las prácticas que están ocurriendo en el país, las que no sólo provienen de la sociedad civil sino también del propio Estado actuando en el nivel local, en municipios, programas educacionales, en salud comunitaria de gestión compartida, etc.

Por último digamos que la participación también suscita temores y fantasmas, y esos temores tienen asiento en causas históricas muy profundas de la historia reciente de nuestro país. En la medida que hay temor y temores, y no un solo tipo de temor, sino varios temores contrapuestos en relación a esto, es bueno visibilizarlos. Pienso que es un componente que dificulta el debate, pero que es fundamental traerlo a la mesa, analizar como se han acumulado en el tiempo, en distintos momentos históricos y por distintos actores. Es un requisito para abordar racionalmente el debate frente a los desafíos de Chile actual.

II. CAMBIO CULTURAL, REPRESENTACIÓN, PODER Y DESARROLLO: DESAFÍOS DE LA RELACIÓN ESTADO-PARTIDOS POLÍTICOS-SOCIEDAD CIVIL

1.1. Pedro Güell: el difícil cambio del autoritarismo y la tecnocracia en el desarrollo de una sociedad más “chascona”

Tengo la impresión de que el riesgo de hablar en términos normativos o utópicos sobre la participación es que el discurso pasa a ser parte de la galería de utopías y como tal, una dimensión siempre postergada a nombre de las necesidades urgentes del presente. Además, ello generalmente no resulta productivo, ya que hablar en términos normativos de la participación es hacerla pasar a formar parte de la galería de lo políticamente correcto sin que ello facilite un análisis real de su necesidad.

Quisiera entonces, proponer un par de hipótesis académico-políticas sobre participación a la luz del realismo del presente, aunque desde una perspectiva mas política que académica. Especialmente quisiera referirme a los cambios actuales en la cultura y en la política en Chile, cambios que nos están exigiendo repensar la política y la participación social concibiéndola de un modo distinto a como lo estamos haciendo y tal vez de manera distinta a como nos quieren hacer pensar los debates más recientes.

Al tratarse de hipótesis muy preliminares, temo que voy a referirme telegráficamente más bien, a las razones prácticas por las cuales no podemos seguir relacionando el sistema político y la participación social como lo hemos hecho hasta ahora. Voy a hablar muy poco en positivo, el cómo debiéramos relacionar participación social y sistema político en el futuro, quedará de tarea a avanzar en un próximo foro.

En Chile, la sociedad ha sido en parte importante, una creación del Estado. La relación entre Estado y sociedad ha estado marcada por los términos simétricos opuestos de autoritarismo-sumisión, paternalismo-minoría de edad, clientelismo-dependencia. Las pocas veces en que la sociedad ha tomado vuelo propio, fue a caer más allá de la política, y por lo mismo, la política autoritaria, paternalista y clientelar quedó de esta manera, otra vez intocada.

Desde antiguo en Chile, el Estado no representa, en primer lugar, los intereses diversos de la sociedad sino que es, me parece, el lugar donde las elites han construido y ordenado la sociedad que han necesitado. Todo esto, por supuesto, no es el resultado de una conspiración ni del triunfo de los malos sobre los buenos, sino el resultado de una lenta y múltiple evolución de necesidades históricas y de luchas de poder diversas, entre otros aspectos.

En cualquier caso, esta relación del Estado con la sociedad, tan particular entre nosotros, no es algo que ocurra allá afuera sino que es en buena parte una manera de vivir que llevamos todos nosotros dentro, ya que vivimos en una cultura autoritaria de la cual somos parte. Los resultados de esta histórica manera de relacionar Estado y sociedad, como puede leerse en los libros de historia, no han sido un desastre, sino pueden recuperarse tanto aspectos positivos como negativos.

La transición a la democracia desde 1988 hasta el 2005, por lo menos, se guió en gran parte por los principios históricos del autoritarismo, paternalismo y clientelismo en la relación Estado-sociedad. Algunos dicen que eso es precisamente lo que explica los éxitos políticos, sociales y económicos de

la transición. Otros dicen que eso es precisamente lo que explica los olvidos, injusticias e inmovilismo de la transición. De cualquier modo, hoy día nadie niega que eso fue así.

Ostensible y evidentemente hoy día, 2006, esto está cambiando, en parte porque está cambiando la sociedad y, por lo tanto, la cultura en la que vive esa sociedad. En parte también, porque hay un cambio a nivel del Estado.

La sociedad se está poniendo más díscola o más chascona; habla más a nombre de derechos y menos a nombre de favores; se tiene menos miedo al desorden que antes y se está criticando a los próceres autoritarios y paternalistas. El Estado, por su parte, quiere relacionarse con la sociedad en términos más horizontales que antes, quiere acoger a elites post-autoritarias o crear elites post-autoritarias y quiere también hablar más a nombre de derechos que de favores.

El cambio, sin embargo, está resultando hartito difícil. Se está pasando de una relación autoritaria y asimétrica que ha producido malestar,- pero que ha logrado reducir algunos de los problemas más básicos del orden social- hacia otro marco que parece y es más deseable, y que nos promete mayor bienestar, aunque nadie sabe muy bien como funciona o funcionaría. En este escenario crece hoy la incertidumbre. Todos se asustan un poquito y a muchos les entra la nostalgia del tiempo de los buenos padres autoritarios.

Las últimas encuestas nos están hablando precisamente de todo esto. Comienzan a surgir opiniones que señalan que existe una sola manera de producir gobernabilidad e integración, precisamente es la existencia de un Estado autoritario y tecnocrático fuerte que crea las condiciones económicas y legales gracias a las cuales todos pueden tener aseguradas sus libertades, derechos y participar como iguales en el mercado.

La condición valorada para que todo esto funcione, por supuesto, es la existencia de una elite tecnocrática que puede comprender bien – “sólo ella puede comprender bien” - la complejidad del conjunto de las tareas del desarrollo. Esta elite sería entonces la que puede diseñar el modelo óptimo de la estrategia sucesiva para alcanzar ese desarrollo y, además, es una elite que debe poseer suficiente legitimidad para hacer que cada uno de nosotros sirva a ese proyecto, atento y tranquilo desde su particular puesto de combate.

Las complejidades de esta transición post autoritaria –que a uno le gustaría llamar la segunda transición, aunque estos conceptos resultan muy manidos- pareciera darle la razón a los que piensan así. Muchos echan de menos a estas elites que conocen los problemas del desarrollo y que pueden planificar bien. Más aún, las propias elites tecnocráticas se están echando de menos a sí mismos en los puestos de control.

Es en este contexto de debate actual y de una cierta nostalgia de la certidumbre y de la eficiencia que producirían las tecnocracias autoritarias, en el cual la participación es valorada como una bella utopía, pero un mecanismo ineficiente por ahora para producir orden e integración social, es que quiero formular algunas hipótesis que indican que esa visión no corresponde a los tiempos actuales.

En primer lugar es preciso señalar que puede ser que el modo autoritario tecnocrático de producir gobernabilidad, - lo cual incluye la exclusión de la diversidad conflictiva de la sociedad- haya sido el único medio eficaz disponible para gobernar en la transición desde la dictadura. Un modo adecuado además a las elites que teníamos a la mano en ese momento, a las amenazas percibidas respecto a los enemigos políticos y a la inercia histórico-cultural en la cual nos encontrábamos, que se ejemplifica en la propia cultura de la relación Estado-sociedad en Chile. Puede ser que eso sea así, ese no es mi problema aquí. En cualquier caso el resultado no fue tan malo.

Pero ese modo autoritario y tecnocrático –y es lo que me importa- ya no permite ni permitirá resolver las nuevas tareas que tenemos por delante. El problema no es la evaluación del modo tecnocrático-autoritario de producir gobernabilidad, si sirvió o no sirvió. Ese es un juicio que hay que dejar a la historia o a los historiadores. El problema es con cual modelo de relación Estado-sociedad construimos para las tareas que tenemos por delante, no las que teníamos ayer. El problema no es evaluar lo que hicimos sino actuar hacia adelante.

¿Por qué este modo tecnocrático-autoritario no resuelve las tareas del desarrollo y de la gobernabilidad? Me parece –y es la segunda hipótesis- que las nuevas tareas que tenemos por delante no se dejan definir ni enfrentar bajo supuestos como la jerarquía, organización lineal de las tareas, conocimiento completo del conjunto de las tareas, modelos a priori de las soluciones óptimas, etc., que caracterizan a los propios modelos autoritarios- tecnocráticos. Hoy día, me parece, que las nuevas tareas no son tecnocratizables bajo formas autoritarias.

Para muestra un botón, los problemas, por ejemplo, de la calidad de la educación no se pueden resolver hoy con la misma lógica que permitió alcanzar la cobertura casi total de los servicios educacionales. Son dos lógicas distintas. Ni por ejemplo las tareas de dinamizar la microeconomía se pueden resolver con la misma lógica que permitió estabilizar la macroeconomía. Los nuevos problemas son de una lógica social e incluso técnica, totalmente distinta. No puedo profundizar mucho, pero créanme.

Tercera hipótesis, ¿cuál es la novedad en estas nuevas tareas que no se dejan tecnocratizar o autoritarizar? Las nuevas tareas aluden sobre todo al involucramiento de los actores y a las relaciones entre ellos. No estamos frente al tipo de tareas que requirió la transición en su primera etapa- las que aludieron más bien a la regulación jurídica, económica y política del campo en el cual actúan los actores. Por ejemplo, cuando trabajamos y abordamos la cobertura de la educación, pensamos en una nueva institucionalidad, en una nueva infraestructura, en favorecerla desde la legislación, pero no atendimos a las relaciones entre actores. Esta vez para las nuevas tareas, relacionadas con la calidad de la educación, hay que contar con los actores y con sus modos de relación.

Además no existe hoy un modelo claro, establecido a priori, acerca de cómo involucrar a los actores, cómo favorecer las relaciones de cooperación y como resolver los conflictos entre ellos. Ni tampoco hay una elite, que incluso si ese modelo existiera, seria capaz de imponerlo. Hoy día los actores que caracterizan el nuevo momento, tienen cada uno su propio modelo de que es lo que quieren, como hay que actuar y por ello están cada vez menos dispuestos a someterse a un modelo único impuesto por una elite. Más bien están cada vez más dispuestos a negociar sus propios modelos e intereses con actores que consideran iguales.

Otra hipótesis se relaciona con la idea de que intentar resolver el problema de la incertidumbre actual mediante la simple revisión del autoritarismo tecnocrático no sólo va a introducir más conflicto político innecesario, sino, lo que es más complejo, va a obligar a retraer las tareas del desarrollo y gobernabilidad a formas más simples y menos dinámicas para que puedan ser abordadas por los modelos del autoritarismo tecnocrático.

Si eso se realiza así, lo que va a ocurrir es que se van a limitar las oportunidades de desarrollo del país, las que están apareadas con este aumento de complejidad. La complejidad e incertidumbre en la que estamos viviendo no es un problema sino una oportunidad de desarrollo siempre y cuando las enfrentemos de una manera nueva.

Por último, y es la quinta hipótesis, todo esto supone desarrollar la tarea pendiente de reelaborar el tipo de relación entre Estado y actores sociales, de modo de permitir procesar las nuevas tareas sociales

en toda su complejidad, lo que implica resistir a los cantos de sirenas de la nostalgia de la tecnocracia y del autoritarismo.

Hay que terminar estas hipótesis con una moraleja: si a principios de los noventas, en función de las necesidades concretas de la gobernabilidad, no nos quedó otra que aceptar la primacía del Estado y sus elites como modo de dejar atrás las sombras de la dictadura, hoy día, si queremos aprovechar las oportunidades y estar a la altura de nuestras necesidades de desarrollo, no nos queda otra que aceptar toda la diversidad y complejidad de la sociedad.

1.2. José Miguel Izquierdo: La demanda de representación y las resistencias políticas a ceder poder: ¿quién representa a quién y bajo que marco institucional?

Para la gente que vive en el laboratorio como nosotros, analizando datos y viendo los problemas a través de encuestas, también es un desafío hablar a gente que está encarnando un proceso de transformación política. Resulta un tanto inoportuno decir “ustedes casi no se dan cuenta, pero representan algo en el proceso político actual”. De hecho, el título de la mesa que nos proponen que dice “Sociedad civil y política democrática” y que nos sitúa en la tensión entre sociedad civil y la forma en que interactúan con las instituciones, es lo que a mi me gustaría profundizar en esta ponencia y lo haré en términos más bien negativos y planteando una sola hipótesis. Para ello voy a hacer un rodeo y voy a terminar en su esbozo.

Abordaré la tensión entre una constante presión de la sociedad civil por aumentar el número de participantes o actores que buscan involucrarse en la acción gubernamental e incidir en la toma de decisiones y las resistencias que esa demanda genera desde la perspectiva de una política democrática de relaciones entre las instituciones políticas propiamente tal con la sociedad civil,

Desde nuestro punto de vista esto representa un primer problema. En la medida que más actores piden participar e incidir en lo que se va a hacer con el poder gubernamental - lo que se traduce en el manejo de recursos fiscales - surgen resistencias naturales del burócrata para compartir sus recursos de poder. En ese sentido las políticas de los gobiernos de la Concertación también han tenido sus bemoles, periodos y etapas en las que se ha activado mucho la participación, pero también periodos en los cuales los recursos destinados para aumentar la participación ciudadana han sido menores.

Por otra parte, si tratamos de definir el problema de la participación desde el punto de vista de la sociedad civil, ya no desde las instituciones propiamente tales, tendríamos que situarnos básicamente en el proceso de interacción. Es decir, observar como se da este proceso, donde se expresa o se interactúa con lo político propiamente tal, cuando individuos que se asocian en torno a intereses específicos o particulares dan el paso hacia intereses de alcance más general. El aspecto fundamental en este plano es como la sociedad civil logra interactuar con lo político y la resistencia que lo político pone a la sociedad civil cuando esta empuja en esa dirección.

El problema básico de esta situación, en el momento actual y en el proceso político que estamos viviendo, se puede resumir en dos grandes ámbitos que no son ninguna novedad, pero en torno a los cuales ha habido un escaso nivel deliberativo: ¿cuánto participan realmente los ciudadanos chilenos y cuánto están dispuestas las instituciones políticas a tener mecanismos de democracia directa? Estas preguntas pueden develar lo que está detrás del constante debate en torno a la participación.

Yo creo que detrás de estos procesos hay dos problemas necesarios de abordar. Uno es la pérdida de legitimidad de las instituciones representativas –y lo estoy diciendo de manera bien descarnada–, pero, luego, también hay que plantear cuales son los cuestionamientos que existen detrás de la demanda de participación y de multiplicación de los actores que buscan incidir directamente sobre la acción del ejecutivo, cuestionando la relevancia que los partidos políticos tienen en el sistema, y de paso, la fórmula política que ha imperado dentro de los últimos 15 años. Es más, este debate debiera permitirnos pensar en por qué no redefinir el régimen político. Algo de eso tocó de refilón Pedro Güell preguntándonos qué tipo de Estado queremos tener. Es esa la definición que debiésemos abordar, y frente a lo cual se produce un proceso al cual yo denomino como carencia deliberativa.

En este marco, si se encuentran resistencias naturales de los actores políticos o los burócratas de ver disminuidas sus facultades aceptando nuevos actores, mayor resistencia encontrará la política de participación civil cuando se observa como una amenaza a cuotas de poder político.

Esto es una realidad, hablábamos con Carolina Tohá, una gran impulsora de los proyectos de legislación de iniciativa popular de ley, sobre el hecho de que basta que estos proyectos lleguen al Congreso para que se paralizen y los fondos tarden en llegar.

Yo decía que había dos grandes problemas: legitimidad y diversificación de actores. En cuanto a la legitimidad no me quiero extender nada porque tenemos evidencia suficiente para decir, por ejemplo, que el estancamiento del padrón electoral desde una década nos señala ya problemas de este tenor, incluso la baja participación en elecciones relevantes. Nosotros nos sorprendemos al ver una elección de diputados, senadores y de presidente de la República en las circunscripciones más grandes y sucede que hay menos participación que en la elección anterior. Hoy elegimos más, y cargos más importantes, pero la gente está yendo menos a participar de este ámbito de la democracia institucional.

Sin embargo, tenemos también estudios –por ejemplo de la John Hopkins University- donde se señala a Chile como un país donde los individuos sí están participando, sí están involucrándose en lo público a través de distintas formas como el voluntariado, participación de fondos públicos u otros. Pero la baja participación en elecciones relevantes tiene que ver con la percepción de que las campañas políticas y, en general la política en Chile, es muy poco competitiva y muy poco transparente. Ello quiere decir que la política no porta valores sino que esos valores están mucho más y mejor arraigados en las organizaciones de la sociedad civil en las cuales la sociedad deposita mayor confianza que en las instituciones que aparecen en la Constitución.

Habría que agregar, en cuanto al número de actores y la pérdida de relevancia de los partidos políticos, una precisión referida a la escasa capacidad de los partidos políticos de procesar y vincularse a las demandas ciudadanas. Quiero decir que los procesos de movilización de la sociedad civil se legitiman en la esfera pública, donde los medios de comunicación y no los partidos, son lo fundamental. Estos medios de comunicación finalmente se han transformado en un espacio de representación de los intereses de la sociedad, donde las demandas civiles logran mayor eficacia o logran con mayor eficacia sus objetivos. Para decirlo de otra forma: los medios han reemplazado o van a reemplazar a los partidos políticos en la representación de intereses, los que además se canalizan directamente hacia el ejecutivo.

Es decir, parece ser que las organizaciones exitosas van a ser aquellas que logran autonomía institucional y también económica para lograr alcanzar esos objetivos y mantenerse en el tiempo. Lo que quiero decir con esto es que también las organizaciones de la sociedad civil, pudiendo dirigirse o presentar sus demandas directamente al poder ejecutivo, al presidente chileno, se saltan a los partidos políticos resistiéndose también fuertemente a institucionalizar el proceso a través del cual se solucionan sus demandas y problemas.

El proceso de los “pingüinos”² o de los estudiantes, es propiamente eso. Los estudiantes jóvenes se van a resistir a entregar la solución de sus problemas o a entregar el debate y su proceso de deliberación a las instituciones públicas, toda vez, que desconfían profundamente de que sus demandas vayan a ser respetadas, y más bien saben que serán aminoradas por el realismo político y por el realismo presupuestario. Por eso que la posición de los estudiantes al interior de la Comisión para la educación³ de 70 personalidades tiende a radicalizarse. La única posibilidad que se le ofrece a la organización que se moviliza y que logra movilizar actores para incidir en la acción gubernamental, es la radicalización de sus propuestas.

Quisiera terminar señalando una pregunta. ¿Qué está detrás de todo este debate? Primero tenemos que preguntarnos sobre cuales son las instituciones más adecuadas en este estado del proceso político. En el fondo, en el contexto de baja legitimidad que tienen nuestras instituciones, lo que se está cuestionando es propiamente el tipo de régimen político que queremos tener. La solución a esta pregunta es demasiado ambiciosa y por tal provoca resistencias enormes en los principales actores políticos. Por ejemplo, ¿queremos mantener las actuales instituciones de representación obligándolas a reorientar su comportamiento o queremos tener un Estado que acepte más actores políticos o darle al Estado mayores poderes, es decir, contar con un Estado más centralizado que busque mayor eficiencia y relación directa con sus ciudadanos?

Ahí hay una dicotomía que tenemos que solucionar. De paso, hay una serie de reformas que atentan o violentan al sistema político tradicional, por ello hablaba de una necesaria fórmula política, en términos de la forma en que se relaciona la sociedad civil con sus partidos políticos, asumiendo que el control del Parlamento o el contrapeso al ejecutivo, están siendo permanentemente cuestionados por esta ausencia de legitimidad y también por la percepción de una baja eficacia del sistema.

En ese marco, todos los problemas que estamos enfrentando hoy en día, vistos desde el laboratorio de estudio de sistemas electorales tras el objetivo de una mayor competencia al sistema político o mayor representatividad al mismo sistema, cuestionan la posibilidad de que esta multiplicación de actores y el reconocimiento de los actores políticos derive en un sistema proporcional puro. Más bien, el problema nos conduce a señalar que el debate político debiese orientarse a cuestiones de fondo y a establecer cuáles son las atribuciones que propiamente queremos otorgar a nuestra institucionalidad y a cómo provocar ese cambio de institucionalidad.

También a aspectos como el derrotero de la sociedad civil, ya que la sociedad civil sin referencia a una institución o una institucionalidad política que reconozca, que permita y haga permeable al sistema político o a los partidos políticos a sus propias demandas, va a conducir a que la sociedad civil siga comportándose al margen de la institucionalidad o, en contraposición, dependiendo de la ayuda externa, sin lograr una autonomía verdadera y permanente como la que se busca. Con eso cierro.

2 El término “pingüinos” se acuñó para denominar a los estudiantes secundarios chilenos que desarrollaron amplias movilizaciones por obtener reformas constitucionales en pro de la calidad y la equidad de la educación durante el año 2006.

3 En respuesta a las demandas estudiantiles en el 2006 se creó una Comisión Educacional en la que fueron integrados representantes de diversos actores de la educación para debatir, deliberar y generar propuestas a la Presidencia sobre las reformas educacionales necesarias para promover la calidad y la equidad en educación.

1.3. Aldo Panfichi: La renovación del debate sobre los déficit democráticos en América latina: una nueva responsabilidad política y ciudadana

Quisiera en primer lugar hacer una aproximación más general sobre el tema en debate para luego ejemplificar la naturaleza del problema con el caso particular de Perú.

Creo que lo que actualmente vive América Latina es en realidad una renovación del debate sobre la democracia. Los campos problemáticos de este debate han cambiado, ya no son la transición, la consolidación y los problemas del diseño institucional de estas transiciones no sólo en Chile, sino también en Argentina, en México, en Brasil y en otras partes. Creo que ahora hay nuevas preocupaciones y que los temas que se plantean aquí como la relación entre participación, representación, sociedad civil, sociedad política son parte de esta nueva problemática.

Creo que hay un nuevo piso en el debate democrático y que este se produce por la confluencia de tres procesos: el primero, es la consolidación fáctica de la democracia electoral en casi toda América Latina, incluso en países como el mío, en Bolivia o Venezuela, donde se han vivido crisis políticas recientes. Estas crisis han sido resueltas por caminos institucionales electorales, al punto que hoy la democracia electoral existe en toda la región, evidentemente con distintos grados de precariedad, fortalezas y debilidades institucionales. Yo provengo de una región donde la precariedad institucional es una característica muy marcada.

El segundo proceso tiene que ver con la profunda y extensa insatisfacción de los ciudadanos con el sistema o con el régimen democrático, en términos de su capacidad de poder responder a demandas de justicia social, de eficacia gubernamental y de inclusión política.

El tercer proceso es el desarrollo de diversas experiencias locales, regionales, nacionales de participación ciudadana que se han desarrollado en toda América Latina y con distintos niveles, diseños, formatos institucionales y distintos impactos en los sistemas políticos. Formas de participación ciudadana que hasta hace muy poco eran casi consensualmente aceptadas como las formas en las cuales el sistema político podía fortalecerse.

La extensión y diversidad de estas experiencias de participación son los que renuevan, a mi criterio, el debate sobre la democracia en América Latina. Muchas de las experiencias que han sido identificadas como experiencias innovadoras, como las que se han mostrado en este encuentro, de alguna manera, expresan y grafican el surgimiento de una amplia diversidad de nuevas formas de relación Estado-sociedad.

Son experiencias que de alguna manera buscan resignificar la idea misma de democracia y demuestran con distintos grados de complejidad, que algunos actores piensan -independiente de los académicos o los políticos-, -entre los que me incluyo- que es posible construir una nueva sociedad, que es posible construir un régimen político distinto que de alguna manera subsane los errores y las limitaciones del sistema político democrático en el que vivimos y del cual hay una extensa insatisfacción ciudadana.

Esas son las condiciones o los procesos que generan, a mi criterio y al criterio de un conjunto de colaboradores de Brasil y México con los cuales he venido discutiendo estas ideas, el nuevo debate por la democracia. Este proceso poco a poco se ha venido esclareciendo, poco a poco se ha venido haciendo más explícito, se empieza a hacer más visible. Esta visibilidad ha estado oscurecida en los últimos años por una especie de consenso en los actores de sociedad civil, en gobiernos y en Estados, incluso, en organizaciones internacionales de cooperación financiera que veían la participación ciudadana como una manera de resolver los problemas de déficit del sistema político.

Ha ocurrido una suerte de homogeneización semántica, de lo que es la sociedad civil, de lo que es la participación ciudadana, la vigilancia, todo el sistema de accountability, la transparencia o el control social, es decir, todos empiezan a hablar de estas nociones o de estos conceptos... Entonces la idea aquí es que en realidad existen distintos contenidos, distintos entendimientos, distintas definiciones de lo que es sociedad civil, participación ciudadana, relación Estado-sociedad.

Creo que precisamente existe la necesidad de explicitar las diferencias para poder avanzar en el debate académico-político sobre estos campos, ya que detrás de toda esta diversidad de contenidos y definiciones, existen distintas concepciones que están vinculadas a distintos proyectos políticos, no en el sentido de proyectos políticos partidarios, sino entendidos como un conjunto de valores, ideas, aspiraciones que tienen las personas y que orientan su acción en la escena pública. En un concepto más Gramsciano que Leninista o institucional, destaco que si bien hoy existen meta-discursos de lo que debería ser la democracia, con distintos grados de institucionalización o con distintos grados de formulación, pero la no explicitación de las diferencias en los propios meta-discursos sobre nuestra comprensión de la democracia y la participación hoy nos entorpecen el avance, lo que nos obligan a abrir y profundizar sobre estos campos.

En términos generales, se podría decir que habría como tres concepciones de democracia y de sus elementos constitutivos: una concepción neoliberal, una concepción autoritaria y una concepción que podríamos llamar participativa o democrática-participativa.

La concepción neoliberal hay que entenderla históricamente. Surge cuando se produce un reordenamiento de la acumulación del capital internacional y sus posibilidades de expansión a nuestra región. En mi país, por ejemplo, la reformulación o redefinición neoliberal ocurre bajo Fujimori y luego de la debacle del gobierno de García. Entonces el proyecto neoliberal busca reducir el Estado y privatizar, de cierta manera, algunas funciones públicas, entonces se genera una idea de participación ciudadana como colaboración con el Estado.

Se entiende la participación ciudadana como consulta, como subcontratación, como llevar adelante los programas de lucha contra la pobreza y, en fin, una serie de programas de índole social en el marco de las políticas públicas. Esos proyectos en general miran a los ciudadanos como clientes, como carentes y enfocan a la sociedad civil de un modo particular. En la concepción de participación como consulta, la decisión política sigue centralizada en el Estado y más que participación, la noción podríamos decir que corresponde a un acompañamiento en el marco de la tercerización de las actividades del Estado. Sin embargo, esta es una noción de participación muy diferente de la concepción autoritaria de la participación, que entiende la participación como aclamación, como clientelismo o como subordinación, lo cual es muy distinto.

El caso brasileño, por ejemplo, nos muestra que a pesar de todas las limitaciones, hay otra concepción de participación posible, que es la de compartir el poder de decisión sobre los asuntos públicos. Esa es una noción diferente al igual que es diferente la concepción de sociedad civil, donde esta no es vista como "tercer sector". ¿Cuál es la diferencia en ambas concepciones? En realidad, cuando se habla de tercer sector, se despolitiza la noción de sociedad civil, prima la idea de que el tercer sector es despolitizado y que la política no es un ámbito de acción de la sociedad civil, sino su ámbito es la aplicación tecnocrática de decisiones tomadas en el Estado.

Tras estos proyectos generales diferenciados no es que haya alguien pensando en su implantación, ya sea desde Washington o de nuestras ciudades a modo de una conspiración, sino se gestan en la sociedad concepciones diversas que a modo de meta-discursos, dan cuenta de distintos niveles de entendimientos de lo que debe ser la democracia, la participación, la sociedad civil y la "accountability".

Pero son estos modelos o estas propuestas las que están en disputa, las que están en juego en este momento y sobre las cuales se construye o se está construyendo el contenido que le vamos a dar a la democracia. Dilucidar en el debate el tipo de democracia e institucionalidad que queremos me parece que perfila las preguntas políticas fundamentales.

Ahora, simplemente para hacer un enunciado a considerar: ninguno de estos modelos se dan en el aire y no son puros o tipos ideales, sino se dan en la práctica en forma combinada. Por ejemplo, si tomamos el caso de Perú, podemos observar que Fujimori, en su Gobierno fue una mezcla de neoliberalismo con autoritarismo, es decir, neoliberalismo para reformular el Estado y la economía y autoritarismo para usar el gasto público, concentrar las decisiones y usarlas, manipulando a la gente en función de sus intereses.

Luego con Toledo se produce otra alianza, se produce la convergencia entre los neoliberales y los participativos, que eran activistas de ONGs, los que en la crisis del derrumbe de Fujimori tienen la oportunidad de llegar al Estado sin partidos, para desde arriba empezar a aprovechar la correlación de fuerzas políticas y desarrollar políticas de participación.

Sin embargo, esto también se mostró frágil, porque la participación es un terreno de lucha, de disputa política, es un terreno de lucha de actores y de concepciones. La no comprensión de la diferencia de concepciones provocó que una vez que los sectores participativos en el Perú que estuvieron con Toledo, perdieran la fuerza y fueran expulsados de la gestión gubernamental, todas las leyes maravillosas de participación ciudadana fueran mediatizadas a través de las reglamentaciones, de tal manera que la participación finalmente no tuvo ningún impacto político. Ese proceso deja importantes lecciones, entre ellas, que podríamos tener las mejores leyes de participación pero con un impacto político completamente reducido. Ello nos indica finalmente que las alianzas, las convergencias, las confluencias son parte de la política y se requiere tomar en cuenta esta dimensión, sus proyectos y concepciones, si queremos entender y llegar a construir las democracias latinoamericanas, que son las que están en juego en este momento.

1.4 Genaro Arriagada: Sociedad Política - Sociedad civil: valores democráticos en ambos lados de la ecuación.

Voy a partir por ciertos temas que me parecen falsos y que están complicando esta discusión de una manera innecesaria. El primero es que, de repente, a propósito de la participación hemos terminado en una crítica a la democracia representativa y creo que ese es un falso debate porque la democracia representativa, a mi juicio, es la base fundamental de un sistema político fundado en la libertad y la decencia.

En ese sentido a la democracia representativa se le piden pocas cosas, pero esenciales. Dentro de esas cosas es que en su base esté el respeto a los derechos humanos, políticos y sociales de todos. En segundo lugar, que exista una división de poderes, vale decir, lo contrario a la concentración del poder en una sola mano. Que exista una competencia para acceder al poder a través de un sistema de elecciones libre y honesto. Cuarto, que exista la posibilidad de demandar el cumplimiento de sus obligaciones a aquellos que son elegidos, lo que va desde la crítica pública hasta el juicio, incluso el juicio criminal y el juicio político. Finalmente, que cada cierto periodo –lo que es distinto en el sistema parlamentario, que no es fijo, pero sí en el sistema presidencial- se produzca una elección y aquel que es derrotado se vaya a su casa sin ser perseguido, asesinado o torturado.

Eso es lo que uno le pide a la democracia representativa. Ahora si esa democracia representativa tiene que tener niveles de participación, no tengo ninguna duda: elevados niveles de participación perfeccionan la democracia.

Digo esto porque de repente noto en alguna gente un planteamiento muy correcto de decir “queremos más participación para fortalecer la democracia representativa”, pero de repente veo un viejo rumor, que me acuerda de aquellos periodos en que se hablaba de lo desgraciada que era la democracia formal, y no fue hasta que perdimos la democracia formal que descubrimos lo importante que era el estado de derecho. También noto de repente algún contrabando ideológico de algunos que están hablando de una democracia participativa que cada día es menos democracia en su esencia.

La segunda cosa y ese es otro tema que me preocupa es que este debate lo hemos puesto como si fuera un debate entre buenos y malos, un debate moral. Yo creo que es antidemocrático aquel que no reconoce a la sociedad civil y que en consecuencia, mientras más sociedad civil exista, más democracia habrá, pero su rol, de pronto es elevado bruscamente a la condición moral, es decir, a una bondad per se.

Yo quiero decir que no comparto ese criterio. La sociedad civil no es una categoría moral, es un instrumento que bajo ciertas condiciones incluso puede ser dañino a la democracia. La sociedad civil puede ser parte de la solución y parte del problema, es parte de la solución en muchos países, especialmente en los más desarrollados, y en algunos países con institucionalidades muy débiles, es parte del problema.

Ciertamente que en Bolivia la sociedad civil contribuye al problema y, ciertamente, no obstante todos los errores cometidos por el sistema partidista en Venezuela, la sociedad civil hizo una contribución esencial a la destrucción de la democracia venezolana. En consecuencia, este no es un problema de blancos y negros, es un problema en el cual fuera de contexto, la sociedad civil puede ser dañina a la democracia, dentro de ciertos marcos y la perfecciona y es esencial para su desarrollo en otros. En todo caso, el propósito es fortalecerla.

Por ejemplo, hay instituciones de la sociedad civil que pueden ser nefastas y que no podríamos negarlas. El caso del Klu Klux Klan, es un caso muy extremo, pero me voy a ir a un caso más concreto relacionado con la seguridad ciudadana. ¿Paz Ciudadana, es efectivamente algo incuestionable desde el punto de vista del hecho de ser sociedad civil? O el tema de la seguridad ciudadana no forma parte de uno de los aspectos fundamentales de la política, y ¿no es política lo que hace Paz Ciudadana cuando plantea una política que se funda esencialmente en la represión?

A la sociedad civil, yo la respeto, pero la sociedad civil que ingresa en los temas políticos. Si hablamos de educación ¿vamos a pretender que los partidos políticos hacen política y la sociedad civil no hace política? Cuando se pronuncia a favor del bono para la educación, ¿se pronuncia en contra de la libertad de los padres para determinar la educación de sus hijos?, en fin. ¿Vamos a definir que son intocables las organizaciones civiles que representan a los sostenedores del sistema educacional?

Tenemos que desideologizar el debate y plantear que en esta materia es esencial para una sociedad la existencia de una sociedad civil. Pero fuera de ciertos marcos puede ser parte del problema y dentro de ciertos marcos puede ser un factor fundamental de la solución.

¿Cómo se enfrenta este problema? Ya que he dicho lo que me parece a mí las distorsiones del debate, yo plantearía las claves en tres elementos para abordarlo: partidos, sociedad civil y Estado. Y creo que una buena política en esta materia no se hace sin consideración de estas tres instituciones esenciales, y me voy a referir a ellas brevemente.

En primer lugar, la vieja teoría de este descubrimiento de la sociedad civil que comienza en el tiempo de la revolución americana, con Alexis de Tocqueville, y que cobra extraordinaria fuerza cuando uno analiza los procesos de caída de los regímenes comunistas en los años 90' y de las transiciones a la democracia de América Latina en los 80' y 90'. Entonces la conclusión es que es importante para la democracia que haya partidos, no hay democracia sin partidos, pero la verdad es que la democracia sería muy pobre si hubiera sólo partidos y no hubiera sociedad civil.

El gran argumento de Tocqueville y el gran argumento de las dos últimas décadas es que necesitamos que al lado de los partidos haya sociedades civiles muy fuertes. En ese sentido ha habido un esfuerzo de los organismos multilaterales, ha habido un esfuerzo de los gobiernos muchas veces y, en general, un consenso que va premiando a la sociedad cuando hace esfuerzos por fortalecer las organizaciones de la sociedad civil.

La primera afirmación que yo quisiera hacer es que la democracia me parece imperfecta si es sólo una democracia de partidos y que en cambio, es mucho más fuerte si hay una democracia que se funda en partidos fuertes y en una sociedad civil fuerte.

Pero voy a ir al otro cuadro, al cuadro malo ¿qué es lo que pasa si hay una organización política que tiene una sociedad extraordinariamente activa y tiene partidos políticos inexistentes o fragmentados? El resultado va a ser el quiebre de la democracia. Esa es la experiencia de la República de Weimar, en Alemania entre las dos guerras. Artículos muy importantes que gozan de enorme prestigio académico señalan que una contribución esencial a la destrucción de la República de Weimar y la creación de alternativas autoritarias fue la existencia de un sistema de partidos que funcionaba muy mal, atomizado, incapaz de actuar; y por el otro lado, una sociedad civil vibrante, que planteaba un conjunto de demandas que el sistema político alemán no podía resolver.

Si me apuran mucho, yo diría que es lo que a mí me provoca cuando miro la situación en Bolivia, donde veo una política institucional muy débil y una política en las calles donde están todas las organizaciones haciendo demandas sin que exista un sistema de partidos que canalice esas demandas en proyectos. Todos los días cuando uno analiza la situación de Bolivia la veo deteriorándose. Dirigentes sindicales de distinto tipo, querellas regionales brutales, querellas étnicas tremendas, en ese cuadro, si tenemos solamente sociedad civil y no tenemos partidos políticos que articulen las demandas de la sociedad civil en proyectos nacionales, vamos caminando hacia la destrucción de la democracia.

En consecuencia, lo que digo es que si queremos buscar un desarrollo, tenemos que mirar los dos términos de esta ecuación: fortalecer los partidos y fortalecer la sociedad civil. Sociedad civil y partidos no son elementos antagónicos, son elementos que se complementan porque tienen funciones distintas. Sería un error gravísimo que la sociedad civil reemplazara a los partidos o que los partidos ahogaran o instrumentalizaran a la sociedad civil.

El segundo punto, es que durante un tiempo bajo el régimen neoliberal, la ideología neoliberal se decía "reduzcamos, reduzcamos el Estado" y hemos estado inmersos en una campaña para reducir el Estado. Frente a la reducción del Estado, uno se debiera preguntar ¿a quién sirve? Para mucho de los sostenedores de la ideología neoliberal, reducir el Estado corre única y exclusivamente en favor del mercado o en favor de aquellos poderes fácticos que determinan de una manera muy abrumadora lo que pensamos y lo que hacemos, los monopolios de la información, entre otros.

Yo creo que la sociedad civil camina mucho mejor donde hay estados fuertes y que la sociedad civil no requiere un Estado débil, requiere un Estado fuerte en aquello en lo que debe ser fuerte. No un Estado de administración de pequeñas empresas, no el Estado que hace las cosas mal, sin un Estado que regule, que resuelva los conflictos. En ese sentido, creo, que si no hay Estado o hay Estado débil,

las demandas de la sociedad civil no pueden ser acogidas, y más bien se presiona sobre nada, sobre un Estado que no tiene capacidad de resolver.

La lucha entre los distintos elementos de la sociedad civil y de los partidos se hace sin fin y continuación en este cuadro. La política termina en las calles y cuando esto sucede, no es la sociedad civil, sino los elementos radicalizados de una parte de la sociedad civil los que hacen su último reclamo que incluye que el Estado abdique de lo que es su esencia, el uso legítimo de la violencia para garantizar el orden y la seguridad. Entonces, terminamos en cuadros en los cuales, simplemente, los grupos más radicalizados –muchas veces los más minoritarios- están en las calles frente a un Estado que quieren desarmar con el efecto de que este no garantice las condiciones mínimas de seguridad que nos corresponden a todos, a los partidos, a la sociedad civil, a las distintas y distintos individuos.

En ese sentido, creo que cuando pensamos en la solución del problema, necesitamos buscar una ecuación entre los tres elementos de esta triada, los cuales son complementarios y los tres tienen que ser fuertes: Estado, partidos, sociedad civil, los que si están en desequilibrio significa que vamos caminando mal.

1.5. Carolina Tohá: Poder y desigualdad: la responsabilidad política de generar voz pública de los no escuchados

En este tema uno puede hablar desde muchos distintos dilemas y debates. Yo quisiera concentrarme, para aprovechar bien el tiempo, en el debate que está planteado dentro del mundo democrático, que tiene una visión progresista de la sociedad, que cree que esta sociedad requiere muchas transformaciones para asimilarse a los valores democráticos e igualitarios que compartimos.

Quiero partir diciendo que este debate que se da hoy y que ha estado presente durante todos los gobiernos democráticos, es acompañado por otros debates distintos, que representan visiones autoritarias o clientelistas o populistas. Pero creo que es importante situarnos en el momento actual en qué ámbito están planteadas las dudas y las interrogantes. Yo diría que fundamentalmente ese debate es parte de un dilema entre cuanto debiera pesar o debiera fortalecerse la sociedad civil o la participación ciudadana, versus cuanto debiera pesar o debiera fortalecerse las instituciones de la democracia representativa.

Ese debate ha estado presente todos los años desde la transición democrática, pero se ha expresado ante realidades del país muy distintas. Chile 2006 no es el Chile de 1990 y la fórmula, equilibrio o respuestas que se dieron el año 1990 –buenas o malas, podemos analizarlo después en las preguntas- pienso definitivamente no son las que el país requiere hoy día.

Los peligros que Chile tiene, las necesidades que tiene, las oportunidades que tiene son totalmente diferentes a la de los años 90, y es bueno, de alguna manera abordar nuestro acuerdo democrático en torno a estos temas en base a la nueva realidad del Chile de hoy.

Quiero partir diciendo y basándome en lo que planteó Genaro Arriagada. No cabe duda y creo que nadie lo ha puesto en discusión en este mundo democrático, que para que la democracia funcione bien son indispensables las instituciones, es indispensable que funcione bien la democracia representativa, es indispensable que las instituciones que forman los poderes públicos sean generados de acuerdo a procesos democráticos, tengan una vocación de bien común, sean capaces de ver el bien en el corto y largo plazo de la sociedad. Igualmente, que sean capaces de priorizar los intereses de las mayorías, sean capaces de respetar los derechos de las minorías, sean capaces también siempre de tomar sus

decisiones y aplicar sus políticas, respetando el marco legal democrático, las normas que la sociedad se ha dado. Sin eso, nada de lo que estamos hablando tiene algún sentido.

Sin embargo, creo que hay que hacerse cargo de que en estas instituciones, incluso en su versión más perfecta, que no es el caso de Chile, hay mucho que podemos hacer para mejorarlas y entender que estas jamás desarrollan su labor en una especie de vacío teórico. La labor de las instituciones siempre se hace teniendo al frente una sociedad, teniendo al frente a ciudadanos, teniendo al frente distintas formas de organización y de poderes que se expresan, que buscan ser parte de las decisiones.

El problema en que en una sociedad como la chilena, con las desigualdades que esta tiene, es que hay sectores que tienen una enorme capacidad para hacerse oír y escuchar ante los poderes públicos y otros que definitivamente tienen tremendos obstáculos para hacer eso mismo. La idea de que podemos vivir sin sociedad civil, es una idea que, además de mala en general, es totalmente inviable.

La sociedad civil siempre existe al frente, el problema es que en una sociedad como la chilena esa sociedad civil representa, en primer lugar, absolutamente a los grupos más poderosos, a los grupos que tienen más posibilidad de acceder a la información, a los grupos que tienen cercanía porque son parte de la misma élite que dirige las instituciones democráticas - por más democráticamente que éstas se hayan generado- son los grupos que tienen más posibilidad de llegar a los medios de comunicación, de presionar por sus intereses y aquí sumo junto a los poderosos y a los que tienen la posibilidad de organizarse corporativamente, que no son lo mismo que los poderosos, pero que por la vía de organizarse corporativamente, llegan a ser poderosos también.

Frente a esto tenemos una enorme mayoría de ciudadanos que encuentra tremendos obstáculos para enterarse de lo que pasa, para que su voz sea escuchada por la sociedad y por los poderes públicos, para hacer valer también sus intereses y sus puntos de vista en el juego de las presiones, que son naturales y normales y no ajenas a una democracia.

Mi opinión es que si vemos a la sociedad chilena y vemos su realidad, lo que encontramos como nuestro principal problema, es que hay actores frente a los poderes públicos, pero hay una parte de la sociedad que tiene muchos obstáculos para ser un actor en igualdad de condiciones con otros que tienen las ventajas que señalé antes.

Entonces, si nos proponemos tratar de democratizar y trabajar por la posibilidad de que estos sectores desfavorecidos sean parte de la sociedad civil, ahí recién podríamos comenzar a hablar de participación ciudadana. Es decir, solo si el propósito, la vocación de la sociedad es que todos tenga la misma posibilidad de tener una voz, de enterarse, de informarse de lo que se hace, de lo que se va a hacer y lo que se hizo; que todos tengan igual posibilidad de ser escuchados por la sociedad y por quienes toman las decisiones, que todos tengan la misma posibilidad de participar en como se formulan las cosas, como se evalúan las cosas, en el planteamiento de los temas, los problemas y las prioridades. Hay muchos instrumentos para hacer eso y no me voy a detener ahí porque entiendo que hoy la prioridad es discutir esto desde el punto de vista político.

Creo que no podemos negar y dejar de ver que allí donde se ha llegado a esa especie de sociedad ideal, donde existen instituciones fuertes con sociedades civiles plurales y democráticas al frente, esto no ha sucedido de forma espontánea en la historia, sino ha sucedido a partir de políticas públicas, de leyes, de decisiones que han tomado las democracias para avanzar en esa dirección.

Cuando uno va a ver las sociedades europeas o en Estados Unidos, que es como la panacea de los grupos organizados, se da cuenta que eso no sucede en un terreno abstracto o neutral, sino que allí existen leyes, sistemas de financiamiento, sistemas de acceso a la información, porque ha habido una

sociedad política que ha tomado la decisión de decir “aquí queremos tener sociedad civil”, y no podemos suponer que en Chile eso pueda ser muy distinto.

Quienes dicen “dejemos que la sociedad civil se arme de mutuo propio porque no corresponde que estemos desde el Estado empujando estas cosas porque es igual a manipular”, en el fondo están manipulando más que nadie, porque saben que eso significa en la práctica que los poderosos se van a organizar, se van a informar, van a tener la posibilidad de llegar a quien quieran llegar y va a haber otros que no lo van a poder hacer.

En este debate que se ha planteado en los últimos meses, a partir de todo este concepto de gobierno ciudadano que planteó la presidenta Bachelet, también creo que se han sembrado una serie de fantasmas que han confundido tremendamente esta discusión, lo cual ha hecho que algunos se abanderen en torno a una posición contraria a este concepto de gobierno ciudadano a partir de una serie de supuestos que en mi opinión son absolutamente falsos.

En primer lugar, sociedad civil, participación ciudadana, Gobierno Ciudadano, no tienen responsabilidad con la extrema debilidad de los partidos. En una sociedad en que los partidos políticos no cumplen bien su labor, no son capaces de expresar distintas visiones ante los poderes del Estado y compitiendo ante la ciudadanía, con o sin sociedad civil fuerte, con o sin gobierno ciudadano vamos a tener problemas y vamos a tener crisis.

Creo que cuando la presidenta ha hablado de Gobierno Ciudadano, la lógica no ha sido la de debilitar a los partidos políticos o que estos dejen de cumplir su rol, sino que acompañado a ese papel, existan las instancias que posibiliten que tanto esos partidos como los poderes públicos, como el resto de la sociedad, dialoguen y escuchen las distintas voces que hay en la sociedad chilena.

En segundo lugar, creo que también es errado mezclar o confundir la idea de una sociedad civil más fuerte, de mayor participación, de un gobierno ciudadano con la idea de un país que es conducido por el peso mayor de los intereses corporativos. Yo diría que es justamente lo contrario. El mejor antídoto a los dominios de los intereses corporativos es la sociedad civil organizada y que no existan, como únicos interlocutores, esos intereses corporativos, sino que también los ciudadanos comunes sean una voz, sean un factor de presión, sean un punto de vista en las decisiones.

Ahora, quiero concentrarme en el caso Chileno, porque puede haber otras realidades y Genaro se ha referido a algunas, pero a mí no me gustaría hablar de esto en abstracto, me gustaría hablar sobre lo que nos sucede en Chile hoy, en este año, en esta realidad actual, en estos tiempos que estamos viviendo. Y voy a referirme respecto de lo que creo que medio a medio nos ha estado atravesado como sociedad para impulsar estos procesos.

Un tema es asociar el fortalecimiento de la sociedad civil a la ingobernabilidad y creo que esto nos ha atravesado muy fuertemente en Chile particularmente. Primero, debido a las experiencias que tuvimos en el pasado y segundo a la manera bastante compleja y débil, ya que no sabíamos que proyecciones tenía o como podría desencadenarse nuestra transición democrática.

Existía la sensación de que teníamos una fragilidad que ponía en peligro día a día este orden que se estaba construyendo y ahí, naturalmente, existía mucho temor a demandas incontenibles, a presiones que superaran la capacidad democrática de canalizarlas. Yo no me voy a referir si ese análisis fue justo o no. Pero en la práctica, en el Chile actual nadie podría poner en discusión, que Chile tiene instituciones bastante fuertes, que tiene una ciudadanía bastante madura, que tiene partidos políticos que cumplen su función, pese a que yo creo que requieren ser fortalecidos y mejorados. No diría que es un país donde los partidos políticos están funcionando mal o inadecuadamente.

Creo que donde tenemos mayores carencias, al contrario, es en la capacidad de abordar los dilemas que tenemos, las decisiones que tenemos por delante para garantizar que todas las voces pesen por igual y que no haya unos que tienen voz, además de tener representantes y otros que sólo tienen representantes, pero no tienen voz propia.

Si nos ponemos a pensar en los hechos prácticos de algunos grandes temas de política pública que hemos tenido sobre la mesa en los últimos años, creo que es bastante claro que nos ha faltado sociedad civil. No tengo ninguna duda que la reforma de salud que hicimos hubiera sido una mejor reforma si hubiéramos tenido más sociedad civil.

¿Hubo ahí actores ciudadanos? Claro que los hubo, hubo un Colegio médico súper organizado, hubo una agrupación de Isapres súper organizada. Ambos hicieron valer sus puntos de vista, presionaron, consiguieron cosas y esa enorme mayoría de ciudadanos que son los usuarios de los servicios de salud tanto públicos como privados, fueron un actor que tuvo desventajas en este diálogo que tuvo la sociedad chilena. Estoy segura que si hubieran tenido una mayor posibilidad de ser parte de las decisiones, del debate, de estar al tanto de las opciones, de hacer valer sus puntos de vista en estas opciones, hubiéramos tenido una mejor reforma, hubiese sido una reforma que hubiese ido un paso más adelante.

Creo que el tema que estamos viviendo en educación hoy en día es igual de claro, en educación hemos tenido actores sociales, hemos tenido un Colegio de Profesores que ha hecho valer sus puntos de vista, sus intereses, sus necesidades, que ha logrado grandes conquistas. Hemos tenido sostenedores tanto municipales como privados que también han logrado muchas cosas y hoy día estamos viendo como los sostenedores municipales están resolviendo sus problemas ¿pero cuántos actores hemos tenido que representen a esos estudiantes y a los padres de esos estudiantes que son en definitiva la razón de ser del sistema educacional?

Uno podría decir, ¡no!, no ha faltado voz que hable por ellos, hay partidos políticos que los representan. Pero ojo, que partidos políticos preocupados de los intereses de los profesores y de los sostenedores también hay y que plantean duramente esos intereses donde corresponde.

Yo creo que cuando en Chile nos decimos “sería bueno tener una sociedad civil”, estamos hablando de que sería bueno tener ciertos contrapesos, sería bueno que las instituciones públicas se encontraran al frente con actores más diversos y que no fueran siempre los poderosos y los organizados corporativamente los que hacen valer su opinión.

Y si hablamos de la realidad chilena creo que es ahí donde debemos avanzar, creo que los peligros no están puestos en otra parte. Los peligros están puestos ahí, en la dificultad que tenemos cuando enfrentamos decisiones, cambios de políticas públicas, opciones que el país tiene. Calibrar en todo su peso los intereses de esa enorme mayoría a la que tanto le cuesta hacer oír su voz.

III. PODER, CONFLICTO Y DIÁLOGO: ¿UN NUEVO CONCEPTO DE DEMOCRACIA? (PREGUNTAS Y APORTES AL PANEL)

Pablo Fetis: Experiencia Programa Educacional. Punta Arenas.

Me gustaría leer algunas reflexiones que tiene que ver con todo lo que se ha planteado en la mesa y está muy ligada a un punto de vista de alguien que se siente parte de una sociedad civil. Dice: “la democracia debe ser concebida básicamente como diálogo, no como sinónimo directo de cambio sino como proceso de cambio que promueve el desarrollo de la sociedad. En estos términos la sociedad civil espera, en primera instancia, ser escuchada y no ser segregada por presentar ideas distintas, esto supone un cambio radical porque elimina como tema central la lucha por el poder. Convirtiéndose en una búsqueda de justicia caracterizada por la participación”.

Desde este punto de vista es que yo vuelvo a mi experiencia o a la experiencia de mi equipo de trabajo, en un programa educacional financiado por el Ministerio de Educación, Del que no existe un financiamiento directo, es decir, no existe un reconocimiento real a la problemática de la deserción escolar que existe y con la que nosotros lidiamos día a día de manera muy alegre porque es lo que nos apasiona.

Tomando un poco la última exposición, nos consideramos en este aspecto como un punto de vista y como un punto de presión válido, no como un punto que cree tener la razón absoluta. Aquí vuelvo nuevamente al concepto de democracia basada en el diálogo, era simplemente ese el aporte que quería dar.

Iván Carilao: Experiencia Entidad territorial Lafkenche de la VIII, IX y X región.

Escuchaba al expositor Genaro Arraigada que hacía uso del término democracia representativa y que uno de sus fundamentos sería el respeto a los derechos humanos. Mi consulta es como concibe, entendiendo que este país está basado en ese fundamento de democracia representativa, las persecuciones que están siendo objeto en nuestras comunidades mapuches en Ercilla o en toda la zona sur de este país, donde hay niños que crecen y están a diario siendo víctimas de los atropellos que están haciendo las fuerzas policiales. Persecuciones basadas en juicios de que ciertos actos han sido efectuados por nuestros hermanos mapuches. Aquellos niños están creciendo naturalmente en un ambiente de atropellos a sus derechos como infantes. ¿Cómo se concibe eso dentro de una democracia representativa?

Jorge Ramos: Director del servicio de salud de Talcahuano. Experiencia Presupuesto Participativo

Entiendo también que el gran tema del sistema democrático en definitiva es la necesidad de un equilibrio en el que se expresen distintos intereses de la sociedad tras un bien común. Comparto esto de que la base del sistema democrático es el sistema representativo, lo que permite darle una cierta base de estabilidad a la sociedad y a la estructura de los poderes. Pero, sin embargo, con ese mismo poder, debiera poder eventualmente dar un paso adelante para permitir efectivamente que otros grupos o que otros intereses que no necesariamente están representados en los poderes formales, puedan tener expresión y acceso a cuotas de poder, expresado en el acceso a la toma de decisiones en aquellos temas que le son pertinentes.

Aquí hay una serie de experiencias que son muy locales, muy de base. Nosotros en el Servicio de Salud iniciamos un proceso y quisimos comprometernos con el tema de la participación social en la gestión pública. Pero, previamente para eso, incluso establecimos fondos concursables que tenían que ver con la sobrevivencia de las organizaciones, porque las organizaciones ni siquiera tenían recursos para juntarse, para un café, y esas son iniciativas también locales.

Lamento que en el panel no haya alguien en representación del gobierno ya que en materia de participación hay proyectos de ley que hoy día están en el Congreso y uno no sabe la prioridad que tienen, y que tienen que ver estos proyectos con favorecer la participación social, o la creación de dispositivos que permitan efectivamente el fortalecimiento y la existencia de organizaciones. Tampoco está claro en que se expresa el planteamiento general del Gobierno, de ser un Gobierno Ciudadano, participativo. Más allá de las iniciativas locales o particulares que podamos tener, cómo esto se articula en pos de generar o reestablecer un equilibrio entre estos distintos actores en la sociedad: el Estado, los partidos políticos y la sociedad civil. Ahí me queda una duda grande.

Marisel: Talcahuano, Experiencia Presupuesto Participativo

Quiero plantear algo súper pequeño. Pienso que democracia la hacemos todos los chilenos y de hecho, si existen los políticos es porque nosotros, la ciudadanía, eligió a aquellos que cumplían con más rigor nuestras necesidades y podían luchar por ellas. Pienso que la participación de nosotros como ciudadanos es importante porque si los políticos existen es porque nosotros hemos votado por ellos. Entonces la idea es que si se hace todo en conjunto, si nosotros como ciudadanos ayudamos a los políticos o a las grandes entidades a solucionar las necesidades básicas que tenemos como ciudadanos, es una contribución, una ayuda para que el país pueda ir creciendo de mejor manera y de una forma mucho más democrática.

Daniel Duhart: Profesor de la Universidad de Chile.

Quería hacer un comentario y una pregunta. Se ha hablado de la democracia representativa y siento en general que el debate sobre la democracia se plantea a la democracia representativa como la única forma existente de democracia en la historia. Sabemos que es una construcción moderna, pero la democracia ateniense era una democracia directa donde no había elecciones sino que era por sorteo, obviamente dentro de una ciudadanía restringida. Es en esta construcción moderna, en especial hecha desde la ilustración en adelante y después en el siglo XIX y XX, en la cual surgen los partidos políticos y la democracia de masas.

Creo que sería interesante centrar el debate en estos supuestos que subyacen en esta construcción moderna ¿cuál es el concepto de individuo que está detrás de la democracia moderna? Algunos autores hablan de que es una democracia adversaria, centrada en el conflicto, donde se visualiza a la sociedad como un conflicto constante entre grupo sociales. Creo que esa visión filosófica, teórica de la sociedad, en gran parte ha sido la que ha generado la incapacidad de la democracia representativa de resolver ciertos problemas de la sociedad.

A partir del comentario sobre el diálogo, me gustaría señalar que hay propuestas teóricas que plantean el concepto de las comunidades dialógicas, como una forma distinta de concebir la sociedad y las relaciones entre los grupos sociales. La pregunta sería ¿cómo salimos del adversarialismo y avanzamos hacia la construcción de la comunidad dialógica?

Creo que es un avance que abre a replanteamientos institucionales sobre la democracia. No sé si se habrá entendido pero quiero plantearles la reflexión sobre los supuestos que están detrás de esta democracia moderna.

Mireya del Río: Municipalidad de Cerro Navia. Experiencia Banco de los Niños.

Cuando hablamos de democracia hay que considerar también que en algunos casos como en nuestra experiencia, estamos trabajando con niños y de sectores populares, algunos muy vulnerados. Desde esta realidad, realmente me cuesta entender categorías como ciudadanía y democracia.

Creo que hay un gran tema, cuando se habla de ciudadanía se habla del ciudadano que vota. Efectivamente los niños no votan y también la legislación está muy lejos de poder responder a la Convención de Derechos del Niño con respecto a su derecho de participación.

A pesar de que se han ampliado y se han ido abriendo algunos campos, que dan cuenta de un paso adelante para reconocer a los niños reales, con las familias reales que tienen, con los abandonos reales que están viviendo. Sin embargo, el tema no se ha abierto y aun las respuestas no llegan a analizar el problema ¿Quién es el niño? ¿Qué derecho tiene realmente a la participación?

Efectivamente hay un sector de nuestra población, que está tremendamente reprimida, que no tiene espacio para ser escuchado, que cuando se abren los canales como el Banco de los Niños, no sólo para que los niños hablen sino para que tengan un pequeño poder, mínimo poder en la plata, cuando ellos viven con problemas de plata, surge una verdadera explosión de participación.

Entonces tenemos una tremenda parte de nuestra, no sé si llamarla ciudadanía, de nuestra sociedad, de nuestros habitantes que no tienen derecho realmente a ser ciudadano, a participar. Le hago la pregunta a Carolina Tohá ¿es un tema olvidado? ¿Es un tema que se va a abrir? ¿Cómo vamos a hacer realidad la Convención de los Derechos del Niño? ¿Podemos esperar algún avance en esto?

Marcelo Gutiérrez: Sur Maule. ONG. Talca.

Voy a hablar de sensaciones. La primera sensación es que el Estado de alguna forma hoy está en un proceso de conceptualización de la participación y de democracia participativa. Mientras, los relatos de las experiencias que hemos venido presenciando en este encuentro en el recorrido por distintas provincias, indican que una parte de la sociedad está tomando en sus manos el concepto, lo está trabajando, desarrollando y de alguna forma está viviendo en carne propia una realidad, una forma de democracia participativa y de lo que es la participación.

Me da la impresión de que en muchos lugares ha habido dos voluntades que han confluido, una es la voluntad de la sociedad civil por hacer cosas innovadoras y, por otro lado, la voluntad política de los servicios y las instituciones públicas que están en las localidades. Es distinta la entrega de recursos que la voluntad política.

Mi pregunta es ¿hacia dónde recae la responsabilidad hoy de liderar o promover el fortalecimiento, por un lado, la sociedad civil, por otro, el Estado y por otro, los partidos políticos?

Creo que hoy día parte de la sociedad civil local está llenando espacios que las otras dos patitas del trípode no están llenando ¿de quién es la responsabilidad de impulsar este fortalecimiento? Me da la impresión que hoy la sociedad civil se está fortaleciendo en sí misma ¿será el Estado, serán los partidos políticos o la sociedad civil la que debe tomar en sus manos el fortalecimiento de las patitas del trípode?

Luisa Sante: Estudiante de orientación familiar Universidad de Los Lagos.

Una preocupación: el 10 de septiembre se vio en las noticias como La Moneda ardía en llamas con una bomba que se lanzó. Se habla de participación ciudadana, la señora Tohá habla de madurez ciudadana. Hemos tenido protestas, paros, la preocupación es que ¿estamos maduros como sociedad? Una

sociedad que se quiere expresar, que quiere tener espacios de diálogo donde se le tome en cuenta. Se habló de sistemas de poder, esos sistemas de poder ¿no estarán de cierta forma escuchando pero no oyendo?

Karla Palma: Estudiante de la Universidad de la Frontera

Durante estos cinco años que llevo estudiando me he dado cuenta que los lugares donde se genera discusión y donde se dan espacios para que se genere discusión, sólo se abren cuando las organizaciones estudiantiles llegan a la violencia, y se abren para que se callen.

Claudia Palma: Estudiante de administración pública. Universidad de Los Lagos.

Quiero contar una experiencia que tiene que ver con como nos hacemos cargo de lo que está pasando con el fenómeno de los secundarios. El año pasado en la comuna de La Cisterna elegimos una alcaldesa estudiantil y seis concejales y votaron 5 mil jóvenes de primero a cuarto medio, en un proceso democrático que tiene que ver con hacer campaña, hacer participación ciudadana. Hoy en día como le digo yo a los jóvenes, aquellos que son representante de esos 5 mil jóvenes secundarios, como nos hacemos cargo de que ellos sean escuchados como zona sur.

Hoy en las mesas de diálogo que hay en el gobierno y en la educación no hay información clara y no hay como hacerse cargo, entonces ¿como se mantiene un proyecto y trabajas en la participación desde el nivel local, si hoy en día el gobierno no da la información clara? Eso es una reflexión.

IV. CAMBIO DE UN PARADIGMA ELITARIO HISTÓRICO: DESAFIO PARA LA TRIADA ESTADO- PARTIDOS - SOCIEDAD CIVIL

4.1 Pedro Güell: desajustes y transformaciones necesarias en una sociedad más compleja

Yo quisiera simplemente tomar una de las preguntas o comentar un par de cosas porque el resto del panel tiene capacidad más desarrollada que yo para responder el tipo de preguntas que ustedes hicieron.

Me parece interesante la pregunta sobre el problema de las relaciones partidos, Estado y sociedad civil. Hay que preguntarse hasta qué punto los desajustes se están produciendo porque los partidos descansan sobre un tipo de supuestos de imágenes, de personas, de lo que es posible lograr o lo que es deseable, que ya no están más disponibles en la cancha y, por lo tanto, estas instituciones a veces patinan porque ya no existe el tipo de sociedad en las que ellos surgieron o de la cual esos partidos todavía hablan.

Creo que efectivamente, y ese es un punto del cual hay que hacerse cargo que se relacionan con las transformaciones culturales que estamos viviendo, que son muy amplias, muy profundas, muy aceleradas, además. Pero no sólo hay que considerar el cambio cultural, sino también lo que nos pasa en la cabeza, en el corazón y también el aumento objetivo de la complejidad de las tareas de la sociedad chilena. Estas cosas van juntas. No creo que haya transformaciones culturales por un lado solamente o cambios en el problema del desarrollo, yo creo que son dos cosas que están muy juntas.

Chile está viviendo a pasos muy acelerados, no sé si todavía lo estamos procesando bien el cambio cultural y el aumento de complejidad de las tareas. Ese cambio no solamente está afectando a los partidos políticos, obviamente que los está afectando, los deja descolocados muchas veces, los instrumentos que tienen para relacionarse con la sociedad ya no son eficaces. No hay un tema de mala voluntad, de flojera de los partidos, es que las formas de interacción que tradicionalmente existieron hoy día ya patinan.

Esto hay que decirlo claro, y en los estudios que hemos hecho en el PNUD lo hemos tratado de demostrar empíricamente, no sólo afecta a los partidos políticos, afecta también a la sociedad civil y a las formas de organización que ella tiene. Entonces, esto significa que no sólo hay que hacer transformaciones para fortalecer a los partidos, para fortalecer a la sociedad civil hay que hacer transformaciones en ella. No sólo en el sentido muy lúcido expuesto por Carolina Tohá, de que es necesario a la sociedad civil real otorgarle equilibrio de poderes para que efectivamente sea representativa, en las formas que tiene que serlo de toda la diversidad social, sino también en las formas y en las culturas y en las lógicas que la sociedad civil real chilena opera.

Así como decía yo que el autoritarismo del Estado no ayuda a un vínculo con la sociedad civil ni está a la altura de los nuevos desafíos, yo creo que formas de organización tipo comunitarista o de tipo corporativa en la sociedad civil, tampoco están a la altura del nuevo tipo de problemas que tenemos.

El cambio cultural no sólo está afectando al lado estatal de las instituciones sino también está afectando al lado de las instituciones de la sociedad civil. La sociedad civil no existe como un conjunto de conversaciones espontáneas sino en el seno de culturas e instituciones también consolidadas, y esas culturas y esas instituciones están tan obsoletas como la de sus correspondientes al otro lado: la de los partidos e incluso las del Estado.

Creo que, siguiendo la figura de Genaro Arraigada, hay que pensar en ese equilibrio, tanto de sociedad civil, partidos y Estado, así como hay que pensar también las transformaciones de los tres campos en equilibrio.

4.2 José Miguel Izquierdo: ¿Que instituciones para la democracia?

Quería primero decir que no estamos hablando de un cuestionamiento propiamente de la democracia representativa sino, más bien, de la forma que los partidos políticos cumplen su función. Una sociedad como la chilena que en el ámbito latinoamericano no puede lamentarse demasiado sobre el tipo de instituciones que tiene, tampoco puede desconocer que sí existen problemas de afección y de la forma en que los partidos políticos están funcionando. No reconocerlo implica una falta de capacidad de análisis y de la capacidad de crear instituciones que, finalmente, nos permitan solucionar los problemas que queremos solucionar respecto de la relación sociedad civil y Estado.

Así mismo, creo que el pensamiento orientado a decir “aspiramos a que todos tengan la misma posibilidad de expresión”, lo considero algo utópico como decía Pedro Güell al comienzo, debido a la asimetría del poder con los ciudadanos. Dada la lógica de la relación entre el poderoso y el ciudadano de a pie, el poderoso siempre va a buscar influir y tener consigo a quien tiene capacidad de influir sobre los demás, por lo tanto, el Estado en sí mismo no es una figura que nos permita fortalecer a la sociedad civil, en sí misma.

Quisiera insistir para cerrar en esto, en que el concepto de Estado fuerte que apoye a las asociaciones de la sociedad civil, es sinónimo de instituciones que permitan la canalización de esas demandas, que no están siendo canalizadas por los partidos políticos.

4.3 Aldo Panfichi: Convergencias virtuosas para la democratización

Primero, creo que es tremendamente importante que, a partir de las intervenciones de esta mesa, podamos precisar ciertas ideas que van quedando firmes, en el campo de aclarar las distorsiones o los fantasmas como los han llamado.

La participación ciudadana nace o surge como un intento de mejorar la calidad del funcionamiento de la democracia representativa, entonces nadie está aquí planteando un soviet u otro sistema político. Estamos hablando que la democracia es el mejor sistema político y se trata de que esta democracia funcione mejor porque hay exclusión, voces que están fuera, una concepción elitista del manejo del poder, etc.

Entonces, la primera idea es que la participación tiene como objetivo hacer que la representación política sea mejor. Esto es importante porque, por ejemplo, en mi país nosotros tenemos el riesgo de pasar de un bandazo a otro, históricamente siempre hemos pasado en bandazos. Hasta hace muy poco la participación era la solución a todos los problemas y ahora la participación es el enemigo declarado y es la causa del debilitamiento del sistema, y algunos están hablando de que el problema es el exceso

de participación y que, más bien, hay que restringir la participación y poner formas institucionales que permitan que no hayan advenedizos en el campo político. Es un peligro pasar de un bandazo a otro y por eso, es mejor precisar las cosas.

La segunda idea es que tenemos que acabar con las dicotomías. La sociedad civil no es un polo de virtud y el Estado un polo de maldad, no es así. Como dijo Genaro, la mafia es parte de la sociedad civil. Los “hoolligans” son parte de la sociedad civil, la sociedad civil también puede ser antidemocrática. La sociedad civil es un espacio de acción ciudadana y de acción política, porque también se hace política en la sociedad civil. Los partidos hacen o deberían hacer más política que la sociedad civil. Aquí debíamos acabar con la contradicción de los buenos versus los malos, así no es, y creo que es otro tema que aclara el debate. Finalmente, me parece que es importante el tema de la heterogeneidad, la pluralidad que es un componente central en este elemento.

Además, los procesos de democratización ocurren cuando hay cierta coherencia o cierta coordinación entre la iniciativa política, desde la autoridad política y la sociedad civil, cuando hay convergencias virtuosas. Porque ni la sociedad civil por sí misma va a poder llevar adelante su agenda de democratización ni tampoco vemos, porque hay que reconocer que hay problemas en algunas sedes más que en otras sobre el funcionamiento del sistema democrático. Ahí está el informe del PNUD, las encuestas, en que se expresa la nostalgia por el autoritarismo de algunas personas. Entonces, la colaboración entre ambas dimensiones o actores ubicados en ambas dimensiones me parece una condición para mejorar el funcionamiento en la democracia.

4.4 Genaro Arriagada: Estado activo para fortalecer la sociedad civil

Sólo tres comentarios. Estoy muy de acuerdo con Pedro Güell de que es cierto que aquí hay un trípode: Estado, partidos y sociedad civil. Pero la verdad es que los tres tienen muy grandes fallas, la sociedad civil también tiene que barrer frente a su propia casa. Hay fallas en la sociedad civil, en los partidos y en el Estado. El Estado, como decía Carolina Tohá, no siempre ha estado preparado para la participación.

La segunda cosa, respecto al Estado fuerte, si estamos hablando de Estado fuerte frente a la sociedad civil, yo estoy hablando de un Estado que la promueva, en ese sentido, creo que el punto que dice Carolina Tohá es fundamental. Hace muchos años, el hombre que inspiró el programa presidencial de don Eduardo Frei Montalva, fue un tipo extraordinario, don Jorge Ahumada, quien escribió un libro que se llamaba “En vez de la miseria”. A mí me tocó conocerlo y decía una verdad: “las personas sin organización son personas sin poder”, y si uno es miembro de la clase alta, la verdad es que no requiere una organización, tiene una red de clubes, colegios exclusivos, tiene una red que articula la clase alta sin necesidad de organización.

Pero si uno es de la clase media y baja, la verdad es que si no hay organización, no hay poder. En ese sentido no cabe la menor duda de que se necesita un Estado activo para los efectos de que las organizaciones de la sociedad civil no se vayan muriendo por falta de recursos y no haya esta situación que tan bien describía Carolina Tohá.

Finalmente, respecto del temor a la participación, yo no tengo temor, es decir, mi temor va por otro lado. Planteaba usted el tema de Ercilla y del derecho de los mapuches, para mí Ercilla era del tiempo en que era casi niño y me tocaba jugar en un periodo en que había una situación idílica, jugábamos fútbol con la gente de Temuco y todo parecía normal, pero la verdad es que eso no era normal, los mapuches no tenían derechos.

Nosotros en nuestra ingenuidad tampoco nos dábamos cuenta de esa situación, pero sería injusto decir que hoy día la situación ha cambiado dramáticamente a favor de un ámbito que el Estado de Chile le debe al pueblo mapuche, que es el reconocimiento pleno de sus derechos.

Quiero con esto decir que en el cuadro de la conflictividad que hoy se vive en Ercilla es mejor la conflictividad de hoy que ese mundo idílico falso de mi infancia, no tengo duda. Pero también aquí quiero hacer una prevención respecto del tema del temor: toda sociedad está estructurada dentro del temor, lo más peligroso en la política es el temor. El problema mío con estos desordenes de estos jóvenes que destruyen calles y cosas por el estilo, del que tiró la bomba molotov a La Moneda, no es lo que él hace, es el efecto que produce y lo voy a graficar en un ejemplo, que en mi experiencia me marcó muy profundamente.

En el año 86', las protestas contra Pinochet se habían desmadrado. Todas las noches que se citaba a protesta había 10, 12 muertos, se destruían locales, en fin. Yo era presidente de la radio Cooperativa, el principal medio de comunicación en contra de Pinochet. Teníamos un programa que se llamaba "El computador de Cooperativa", que hacía una encuesta y siempre daba a conocer estas encuestas que normalmente eran muy adversas al gobierno y estas las comentaban distinta gente de organizaciones, centros académicos, políticos, en fin.

Entonces, Pinochet decretó el estado de sitio, y cuando lo decretó hicimos la encuesta que hacíamos siempre y ésta indicó de que el grueso de la gente era partidaria del estado de sitio. Vino el director del medio y me dijo "mira Genaro tenemos este lío". La primera cosa fue un poco cómica ya que nos hizo decir "tuvimos mala suerte, salimos a la calle y habían puros fascistas", en consecuencia hagamos la encuesta de nuevo. Se hizo la encuesta y se duplicó la muestra y el resultado fue el mismo. Entonces llamamos a un conjunto de gente y analizamos esto y concluimos que los chilenos tenían un tremendo temor al Estado, al Estado represivo, al de las torturas, las desapariciones, pero habían empezado a desarrollar un tremendo temor a la sociedad que se expresaba de manera anárquica, que destruía sus pequeños comercios y, en consecuencia, la reacción frente a este cuadro era que la sociedad encontraba que el estado de sitio les daba una cierta paz.

Digo esto para que tengamos cuidado. Las sociedades de repente, cuando hay estas explosiones, hay medios de comunicación que lo amplifican brutalmente porque es su juego, porque es el modo de llegar y limitar las posibilidades de la participación, exhibiendo que hay una sociedad civil anárquica que no respeta normas y que destruye y eso es lo que vemos en los principales medios de comunicación de la derecha todos los días. En consecuencia, cuidado con el temor a la sociedad civil.

4.5. Carolina Tohá: Un cambio de paradigma en los vértices de la triada

Hay una pregunta de Pablo y Daniel que tocaron temas parecidos. Lo que dijo Pedro Güell lo comparto y es bastante atinente a lo que ustedes plantearon respecto a ¿cómo se construye en una sociedad en la cual hay una sociedad civil más fuerte? ¿Cómo se construyen las decisiones? ¿Cómo se ponderan los conflictos versus la capacidad de dialogar y de escucharse?

Creo que hay una cosa que es esencial: el que cambiemos lo que es nuestro paradigma histórico. Para pasar a una sociedad donde se expresen más voces, donde haya más debate, más actores, se requiere no sólo de instituciones más dispuestas a escuchar sino también de una sociedad civil más dispuesta a escucharse unos con otros. Esto no es una carrera de quién grita más fuerte o quién logra poner sus reivindicaciones con más fuerza, sino que también es un diálogo entre sociedades civiles, en que el Estado tiene un rol importante, pero donde es fundamental que cada actor sea capaz de escuchar las

razones del otro, los argumentos del otro, los justos derechos e intereses del otro, y también, por cierto, de defender lo suyo. Esto no escapa al conflicto, pero requiere de esa capacidad de diálogo que no puede estar solamente en las instituciones, tiene que estar también en la sociedad civil y yo creo que es parte de la madurez que se tiene que ir desarrollando.

Tiendo a pensar, y con eso me paso a la pregunta planteada por Jorge, por Luisa, por Carla y por Mireya, que en Chile el problema mayor no es la inmadurez de los ciudadanos, más bien, tendería a pensar que la sociedad chilena es súper responsable, ponderada, y con dificultad se embarca en aventuras locas o en discursos populistas, más bien tiene desconfianza en los discursos populistas, lo cual no quiere decir que no haya vulnerabilidad o que estemos blindados frente a estos riesgos.

Yo creo que nuestro riesgo mayor está en otra parte. En Chile estamos enamorados de una idea muy aflatada en nuestra sociedad que es muy apegada al orden, a la estabilidad, en una sociedad que históricamente ha encontrado tranquilidad en los acuerdos que se logran en el interior de una elite más bien pequeña y cerrada, y en la que se asienta la impresión que todo lo que sea abrirse, nos puede llevar a un caos difícil de controlar. Creo que lo más complejo es superar esos temores y esas ideas de que es así como avanzan los países.

En ciertos contextos y en ciertos momentos esa lógica, puede ayudar mucho a avanzar, pero hay otros momentos en que eso significa o un empobrecimiento del debate o la exclusión de una gran cantidad de actores o un abandono o postergación de temas, dilemas y conflictos que tarde o temprano después terminan explotando de mala manera.

Ahí es donde tenemos que poner una enorme energía haciéndonos cargo de lo que planteaba Mireya por ejemplo, sobre los niños, como un caso muy claro, en primer lugar, respecto de lo que sucede en la cultura escolar. La cultura escolar chilena es tremendamente verticalista, no con los niños sino que con todos los actores de la comunidad escolar: con los profesores, con los apoderados y ni hablar con los niños. Pero los niños de hoy no son como los de antes, los niños de hoy son mucho más difíciles de domar, por decirlo así, tienen ideas propias, son más informados, son más irreverentes. Esa cultura escolar ya no resiste, ya no lleva al orden, lleva al caos. No funcionan siempre los mismos mecanismos para construir el orden. En una sociedad más simple, más dócil puede funcionar el verticalismo para construir el orden, pero en una sociedad como está llegando a ser la chilena ya no es un camino que nos lleve a ningún orden ni armonía.

Prueba de nuevo de lo complejo que es esto, es lo que ha sido la experiencia de los consejos escolares. Los consejos escolares buscaron hacerse cargo de esta carencia de la cultura escolar, pero lo que ha pasado en general en el país es que se le hace el quite a los consejos escolares, o se los constituye formalmente o se hace como que funcionan, pero en realidad es un trámite con el que hay que cumplir, porque no se asimila la idea de fondo: que es positivo sentar a los actores de la escuela a escucharse, informar y que cada uno haga su aporte. Ahí es donde yo veo nuestro obstáculo.

No veo que el problema de los consejos escolares sea que tengamos a los padres pidiendo lo imposible, a los alumnos sobrepasando a los directores. Lo que tenemos es que no se produce ese diálogo, hay temor a ese diálogo, temor a perder el control.

El último tema, planteado por Marcela y Claudia respecto a de quién es la responsabilidad, qué es lo que ha hecho el gobierno o lo que debería hacer el gobierno, que el gobierno no da la información respecto al Consejo Asesor en Educación. Creo que aquí hay responsabilidades múltiples.

En el caso del Consejo Asesor definitivamente no le corresponde al gobierno dar la información. El Consejo Asesor es una instancia de sectores de la sociedad en la que están representados los más varia-

dos grupos y la necesidad y la justa exigencia de informarse creo que es algo hay que exigirle a quienes representan a los distintos actores ahí. El gobierno no conoce el informe que ha estado trabajando este Consejo, lo va a conocer el día viernes, pero sí lo conocen los estudiantes que están ahí, los profesores que están ahí, los alcaldes que están ahí, los sectores políticos que están ahí, etc.

Creo que ahí es un típico caso en que la sociedad civil tiene que asumir su propia responsabilidad y el gobierno también tiene la suya. Creo que lo decía antes sobre la sociedad política chilena, es que tiene que pensar si quiere mantener este paradigma del orden verticalista, de una elite cerrada o quiere abrirse a otra cosa. Pedro ya dijo que eso requiere también una sociedad civil distinta, que se haga cargo de las especificidades de nuestra sociedad actual, que son distintas a la época de las grandes organizaciones o de la visión comunitarista.

Por parte del Estado y de la sociedad política también hay una demanda y una responsabilidad. Tenemos temas importantes en la agenda, tenemos una ley de participación ciudadana que este gobierno acaba de presentar, una indicación bien sustantiva, que mejora bastante ese proyecto, que era muy falante respecto de lo que se refería a la participación en la gestión pública y que se mejoró bastante y estamos tratando de mejorarlo más. Hay otras iniciativas que van en esa dirección, el propio Consejo Asesor es una búsqueda en ese sentido. Yo les afirmo que a la Presidenta realmente le interesa el diálogo y la capacidad de buscar acuerdos en ese Consejo Asesor. Veamos si somos capaces de construir esos acuerdos y proponérselos a ella para que de ahí adopte sus propuestas.

Hay muchos proyectos que van en esa dirección. Lo que se acaba de hacer con la ficha CAS fue un proceso de debate social bien interesante. La ficha CAS que originalmente diseñó el gobierno terminó siendo distinta de la que finalmente se aprobó. Eso fue, en gran parte, motivado por los diálogos que se hicieron a lo largo del país, con todo tipo de actores: desde los que llenan la ficha CAS hasta sus beneficiarios o víctimas, según el caso. Tenemos otros proyectos que van también, que son muy importantes, por ejemplo, en obras públicas se está haciendo un rediseño de la manera de enfrentar nuestro sistema de infraestructura hacia el futuro que es muy interesante, que se hace cargo de que Chile ya no es sólo un país que tiene obras por hacer sino que es un país donde también existen obras hechas y respecto de esas obras hechas los ciudadanos tienen que tener derechos, maneras de plantear su malestar, cuando hay atropellos, cuando no se está cumpliendo con los requisitos correctos del servicio y el Estado se tiene que hacer cargo de eso.

Eso es un cambio bien profundo, respecto de como funciona ese ministerio y todos sus recursos, sus funcionarios. Y así como en ese ámbito, creo que en todas las áreas de gestión pública tenemos desafíos de este tipo. Pero ojo, yo vuelvo a lo anterior. Yo fui la que planteó que aquí hay una obligación del mundo político y del Estado de definir y pensar tanto políticas como los modos de abrir espacio para la expresión de la sociedad civil. Pero también hay un trabajo que el Estado no puede hacer y es el que le corresponde a los ciudadanos, a las organizaciones, a las Organizaciones No Gubernamentales que estudian, investigan y proponen y que son de alguna manera, la voz de esta temática en el debate público. Creo que cada uno tiene su parte de responsabilidad que cumplir, porque esto no va a caminar si sólo hay un vértice o no hay ningún vértice que lo asuma.

...

